

ningun título creíamos merecer. Nuestra *neutralidad* reconocida por V. M. como por todas las otras potencias, respetada por ellas plenamente, nos daba un motivo particular de seguridad para creer que la amistad que V. M. nos profesaba nos preservaría de un disgusto tan amargo; pero vemos ya, que nos habíamos engañado.

Francamente lo diremos, desde la época de nuestra vuelta de Paris no hemos experimentado sino amarguras y pesares, cuando nos debíamos prometer otra cosa del conocimiento personal que hicimos con V. M., y de nuestra invariable conducta. En una palabra, no encontramos en V. M. la correspondencia de sentimientos que teníamos derecho á esperar.

Lo sentimos vivamente; pero con respecto á la invasion que se está haciendo, lo decimos con la sinceridad que debemos, las obligaciones contraídas con nuestros vasallos nos fuerzan á pedir la evacuacion de Ancona á V. M.; y si fuese rehusada, no vemos cómo podrá conciliarse la continuacion de las relaciones que tenemos con el ministro de V. M. en Roma, estando ellas en oposicion al trato que recibiremos de V. M. en Ancona.

Persuádase de que es esta carta un penoso deber para nuestro corazon; pero ni podemos disimular la verdad, ni faltar á las obligaciones que hemos contraído.

Esperamos sin embargo, en medio de nuestras amarguras, que V. M. querrá libertarnos del peso de aquellas que depende de su sola voluntad el evitarlas.

Concluimos concediéndole de todo nuestro corazon la benediction apostólica."

La corte de Roma debia esperar y esperar con impaciencia la respuesta á esta carta, respuesta que Napoleon aplazó hasta el próximo enero, época en que la célebre batalla de Austerlitz habia dado creces á su ambicion y á su gloria militar. En el lenguaje usado por Napoleon en la respuesta á la carta del papa, descúbrese un desenfado que hace preveer próximos y más graves acontecimientos y la tendencia á sobreponerse á la voluntad propia y á los derechos de la Santa Sede. Hé aquí la brusca respuesta de Napoleon:

"Al recibir una carta de Vuestra Santidad con fecha 13 de noviembre no he podido menos de conmovirme vivamente, notando que cuando todas las potencias asalariadas por la Inglaterra se habian coligado para hacerme una guerra injusta, Vuestra Santidad ha prestado oídos á los malos consejos llegando á escribirme una carta tan poco circunspecta. Vuestra Santidad puede conservar mi embajador en Roma ó despedirle, segun sea su voluntad.

La ocupacion de Ancona es una consecuencia inmediata y

necesaria de la mala organizacion del estado militar de la Santa Sede, y antes tenia Vuestra Santidad interés en ver esta fortaleza en mi poder, que en poder de los ingleses ó los turcos.

Vuestra Santidad se queja de no tener un momento que no esté lleno de amargura desde su vuelta de Paris á Roma, y consistirá en que desde entonces, todos cuantos me manifestaban amistad, teniendo un fondo de temor á mi poder, creyéndose garantizados con la fuerza de la coligacion, enemiga mia, han cambiado de sentimientos. Asi ha sido, que desde la vuelta de Vuestra Santidad, yo no he recibido de parte suya en todos los asuntos que se han ofrecido, aun en aquellos mismos cuyo interés religioso era de primer orden como por ejemplo, el que se dirigia á *impedir levantarse el protestantismo en Francia la cabeza*, sino negativas manifestaciones.

Me he considerado como el protector de la Santa Sede, y bajo este título he guarnecido á Ancona, como primogénito hijo de la Iglesia, que tiene él solo la espada que la pretege y defiende de las profanaciones de los griegos y los musulnes, así como se consideraron *mis predecesores de la segunda y tercera raza*; y constantemente protegeré á la Santa Sede, á pesar de los torcidos caminos de la ingratitud y contraria intencion de los hombres, que en estos últimos tres meses se quitaron la máscara creyéndome perdido. Dios ha manifestado por el buen suceso que corona mis armas, la proteccion que concede á mi causa, y será el amigo de Vuestra Santidad siempre y cuando que consulte su corazon y á los amantes verdaderos de la religion.

Lo repito aquí, si Vuestra Santidad quiere despedir á mi embajador; tiene la libertad para acoger á los ingleses, y al califa de Constantinopla; pero no queriendo esponer al cardenal Fesch á estas averías, dispondré yo lo reemplace un seglar, pues así como así, el odio que el cardenal Consalvi le tiene es tal, que continuamente recibe desaires, al paso que se refiere á *mis enemigos*. Dios es juez entre los príncipes que reinan, de cual es aquel que mas ha hecho por la religion.

Ruego, Padre santísimo, á Dios le conserve muchos años en el régimen y gobierno de nuestra santa madre la Iglesia."

Pio VII sin pérdida de momento y para evitar ulteriores y mas trascendentales consecuencias, escribió á Napoleon en términos tan humildes que convierten en súplicas lo que debiera ser exclusivo objeto de reclamaciones. Pero el alma ingénuo de Pio VII no sabia hacer traicion á la sinceridad de sus humildes sentimientos y de su resignacion

cristiana; y en verdad que el lenguaje humilde que usa, es la mas severa condenacion de los actos posteriores del emperador de los franceses. Hé aquí de que modo se quejó Pio VII de la brusca respuesta de Napoleon:

“Nos ha llenado de un vivo dolor la carta de V. M. fechada en Munich á 7 de enero. Hemos visto en ella, que V. M. se ha sentido con disposiciones que no nos considerábamos obligados á disipar, tanto por nuestro carácter cuanto por la adhesion que profesamos á V. M. y siempre le hemos profesado.

Nunca fué intencion nuestra despedir al ministro de V. M. cuando le escribimos que no podríamos conservar relaciones con él, si no obteníamos la evacuacion de Ancona: nó lo decíamos sino por la necesidad de quitarles á los rusos en cualquiera circunstancia, para que no tratáran nuestro pais como enemigo, la opinion que pudieran tener de haberse guarnecido Ancona con inteligencia nuestra. Suspendiendo en público la continuacion de nuestras relaciones con el ministro, si V. M. nos rehusaba la evacuacion de Ancona, dábamos una prueba de nuestro desagrado; pero no por eso interrumpiríamos nuestras relaciones confidenciales, estando muy distante de la idea de entregarle sus pasaportes. La candidéz de nuestro carácter, tan bien conocido por V. M., é incapaz de algun disimulo, puede servirle de garantia de que *habíamos confiado al ministro de V. M.* esta particular consideracion. El mismo carácter nuestro nos impulsa á decirle tambien á V. M., que se engaña creyendo que en este particular háyamos sido incitados por los malos consejos de otros.

Se ha resentido nuestro corazon de un vivo disgusto y lo manifestamos con toda sinceridad. Si se remonta V. M. á la época del 13 de noviembre, que fué el día en que escribimos aquella carta, verá como era tiempo ya de que supiésemos estaba V. M. á las puertas de Viena, y los gloriosos sucesos adquiridos por su grande génio y sus armas habian decidido de la suerte de la guerra. Nadie podia, pues, creerle perdido, como V. M. dice; y es pensamiento que nunca tendria entrada en nuestro corazon, no solamente por indigno, sino tambien por que nos seria muy sensible, por ser contrario á nuestra conviccion y á la adhesion que tenemos á vuestra persona.

Se queja V. M. de que hemos rehusado servirle en algunas cosas, y es queja que nos es muy sensible. Ha visto V. M. mismo con qué alegria y buena voluntad nos prestamos siempre á cuanto puede satisfacerle. Si no lo hemos hecho en la cuestion del matrimonio, es porque las disposiciones divinas nos lo prohibian, y el obrar así nos ha costado mas,

que á V. M. affigido. Y si no quiere V. M. creer que nos moveríamos á complacerle por cordial sentimiento, puede fácilmente persuadirse de que estábamos en hacerlo por nuestro interés, pues no se nos oculta en cuanto nos podia asistir la benevolencia de V. M. Así que volvemos á repetirle, que á nuestro deber nos causa una grande amargura cuando nos obliga á resistir juntamente las inclinaciones de nuestro corazon y los consejos de nuestra conveniencia.

Tambien nos habla V. M. del ódio que profesa el cardenal Consalvi al cardenal Fesch. Opinion es de V. M. que nos ha sorprendido tanto mas, cuanto el cardenal Consalvi en sus íntimas relaciones nos manifiesta hácia el cardenal Fesch sentimientos del todo diferentes. Hemosle preguntado con este motivo, y él cree no debe recurrir á otros testimonios en contrario, que á los que nazcan de la buena fe del cardenal Fesch y de los mismos hechos. Se dá por vencido si un solo hecho hay en apoyo de esa suposicion, ó de la pretendida deferencia que se tiene con ingleses ó rusos.

Podemos asegurar á V. M. que el cardenal Consalvi tiene los sentimientos que podíamos desear tuviese nuestro ministro, para ser un representante de V. M. Así se ha sentido muy acongojado con la opinion de V. M. y particularmente con la duda que en su carta aparece tener de sus sentimientos respecto de la Francia. El concordato y su constante conducta en todos los asuntos de esta le habian hecho creer seguro de tales sospechas; pero á pesar de todo, pues que de semajante manera lo juzga V. M.; persuádase de que han de ser dañosos á la Santa Sede sus servicios, en vez de serle útiles, y nos ha pedido con instancia le permitamos separarse del ministerio. No hemos concedido este permiso, seguro de que depondrá V. M. toda opinion siniestra respecto de él.

V. M. nos dice que quiere retirar al cardenal Fesch. Le respondemos que nos causará con ello sumo disgusto, y que deseamos abandone V. M. ese pensamiento. En cuanto á la persuasion en que V. M. está, de que hay personas que se han quitado la máscara en estos últimos meses, creyéndose autorizados para cambiar de sentimientos con la fuerza de la coligacion, decimos á V. M. que no existen de modo alguno tales personas, y que si existieran nunca les prestaríamos oídos. No podemos disimular de que en vista de tantas pruebas como tenemos dadas de sincera amistad y adhesion, no háyamos podido convencerle de que es imposible permitamos manejos semejantes.

Nos hemos visto obligados á responder con tanta precision á las quejas de V. M. para no confirmarlas con el si-

lencio; pero despues abandonamos nuestros cuidados á Dios que ve nuestro corazon y que dirige nuestras acciones. No perdemos tampoco las confianzas que tenemos en el amor de V. M. á la religion, á la Iglesia y á nuestra persona, que por nuestra parte estamos seguros de no haber desmerecido. V. M. reconoce que viene de Dios el suceso dichoso de sus armas, y el acrecentamiento de su gloria, que parecia no obstante incapaz de recibir aumento alguno, y en Dios mira la causa de la dilacion de su imperio y dominios: tal sentimiento que es la mayor gloria de V. M., nos asegura que volveria hácia Dios, y hácia el bien de la religion y su Iglesia, la celebridad de su nombre y el fruto de sus conquistas.

Es monarca V. M. ya de los Estados venecianos: le pedimos que conserve intacta en ellos la religion dominante, y que no haga innovaciones, ni en el clero regular y secular, ni en sus posesiones. No perdemos la esperanza de que se terminen los asuntos de religion en las otras provincias del reino de Italia, y el engrandecimiento de la corona de V. M. nos hace pensar, de que ha llegado ya el tiempo oportuno de ver realizadas por V. M. las esperanzas *que no nos han abandonado nunca*, de que el patrimonio de San Pedro no se affigirá por mas largo tiempo con la pérdida de las tres legaciones arrancadas por la revolucion.

No cesaremos de recomendar á V. M., ahora que para la plaza de Ancona ha desaparecido todo peligro de sorpresa, que se acaben en esta ciudad todas las medidas de guerra tan dispendiosas y perjudiciales al mismo tiempo á su bienestar, y le suplicamos la vuelta al estado pacífico que gozaba antes de la ocupacion.

Finalmente, la situacion deplorable de nuestro tesoro nos obliga á importunar y pedir á V. M. el reembolso de los numerosos adelantos hechos á su ejército. Pensamos que conoce V. M. con cuanto celo y buena voluntad se ha prestado el gobierno pontificio á todo cuanto ha podido ser necesario á sus tropas, y así es que apelamos á los informes mismos dados por los militares, que han demostrado sin límites su satisfaccion. Hemos empleado en este servicio todos los fondos que teniamos, y á mas, aplicado de antemano á los pagos definitivos los rendimientos que no ha llegado el tiempo de recaudar, de modo que en cinco meses nos vamos á encontrar desprovistos absolutamente de medios, si el reembolso que pedimos no entra prontamente en nuestras cajas.

Este modo libre de esplicarnos será para V. M. una prueba de la confianza que en él mismo tenemos, pero si el estado de tribulacion que Dios nos reservó para nuestro do-

loroso pontificado, debiese llegar á su extremo; si tuviésemos que vernos arrebatada la amistad y benevolencia de V. M. que tan preciosas nos son, el sacerdote de Jesucristo, que tiene la verdad en el corazon y en los labios, soportará tanto dolor con entera resignacion y sin temor alguno. De la tribulacion misma recibirá el aliento que vivificará su constancia, y la recompensa que el mundo le niegue la espera encontrar mas pura y sólida en el cielo."

Tanto se han reproducido en nuestros tiempos las expresiones análogas á las que mediaron entonces entre la Santa Sede y la corte de Francia, que en muchos de estos documentos parece encontrarse el modelo que posteriormente no se ha hecho mas que copiar. Así es que sin necesidad de gran cálculo se deja ya conocer préviamente la respuesta de Napoleón á esta sentida manifestacion del Padre Santo, ¿cómo habia de confesar el vencedor de tantos pueblos que pretendia atacar directamente los intereses religiosos? De ningun modo: de hecho podia realizarlo, pero decirlo jamás. Hé aquí cómo se comprende el lenguaje que usa en la siguiente respuesta fechada en París á 13 de febrero de 1806:

"He recibido la carte de Vuestra Santidad de 29 de enero. Participo yo de todas sus penas, concibo que se halla rodeado de escollos; pero puede evitarlos, marchando derecho y no entrando en el dedalo de la política y consideraciones hácia las potencias, que bajo el punto de vista de la religion son consideradas como heréticas y fuera de la Iglesia, y bajo el de la política, como lejanas de sus Estados, incapaces de protegerle y no pudiendo hacerle otra cosa mas que daño. La Italia toda va á estar sometida bajo mi ley. En nada tocaré á la independenciam de la Santa Sede; aun le haré pagar los gastos que le ocasionen los movimientos de mi ejército; pero nuestras condiciones deben ser: que Vuestra Santidad me tendrá á mí en lo temporal las mismas atenciones que yo le rindo en lo espiritual, y que cesará de tener consideraciones inútiles con los herejes enemigos de la Iglesia, y con las potencias que no pueden hacerle bien alguno. *Es Vuestra Santidad el soberano de Roma, pero yo soy el emperador.* Deben ser suyos todos mis enemigos, y no es conveniente que resida en Roma ó en los Estados de Vuestra Santidad ningun agente del rey de Cerdeña, ningun inglés, ruso, ni sueco, ni barco ninguno perteneciente á estas potencias se reciba en sus puertos. Como á gefe de nuestra religion tendré siempre á Vuestra Santidad la deferencia filial que le he manifestado en todas circunstancias, pero yo soy el responsable á Dios, que se ha servido de mi brazo para restablecer la religion: y ¿có-

mo podria consentir verla comprometida por las lentitudes de la corte de Roma, en donde no se va al cabo de nada, adonde por intereses mundanos de vanas prerogativas de la tiara, se deja perecer á las almas, esto es, al verdadero fundamento de la religion? A Dios responderán de ellos los que dejan la Alemania en anarquía: á Dios responderán de ello los que ponen todo su celo en proteger los matrimonios protestantes y quieren obligarnos á ligar mi familia á príncipes de estas sectas: á Dios responderán los que retardan la expedicion de las bulas de mis obispos y entregan *mis diócesis* á la anarquía. Necesarios son seis meses para que los obispos puedan entrar en ejercicio y pudieran estarlo al cabo de ocho dias. Yo he tenido que hacerlo todo con respecto á ellos en Italia: he consolidado los intereses de la Iglesia, no he tocado en nada á lo espiritual, y lo mismo que he ejecutado en Milán lo ejecutaré en Nápoles, y dó quiera que se estienda mi poder. No rehusó yo aceptar el concurso de los hombres dotados de celo verdadero por la religion y entenderme con ellos; pero si en Roma se pasan los dias en no hacer nada y en una culpable inercia, supuesto que Dios me ha cometido á mí, despues de tantos trastornos, el cuidado de velar y mantener la religion, no puedo yo llegar á ser indiferente, ni quedarme siéndolo, en todo aquello que es un perjuicio para el bien y la salvacion de mis pueblos. Santísimo Padre, yó sé que Vuestra Santidad quiere el bien; pero está rodeado de hombres que no le quieren, de malos príncipes, y que en vez de trabajar en estos críticos momentos para remediar los males que se han introducido, trabajan en agravarlos. Si quisiera acordarse Vuestra Santidad de lo que le tengo dicho en Paris, se organizaria la religion en Alemania, y no permaneceria en ella, ni en Italia, en tan mal estado como se encuentra: todo seria hecho de concierto con Vuestra Santidad y convenientemente; pero para aquello que debe hacerse en quince dias no puedo yo dejar pasar lánguidamente un año. No ha sido durmiendo como he levantado á tan alto grado el estado del clero, la publicidad del culto y la organizacion de la religion de Francia; de tal manera que no hay otro pais donde mas bien haga, ni esté mas respetada, ni goce de mas consideracion. Los que hablan á Vuestra Santidad en otro lenguaje le engañan, y son sus enemigos, atrayéndole desgracias que pueden concluir por serle funestas."

Ya era inevitable un rompimiento entre la Santa Sede y el gobierno francés representado por el ambicioso conquistador que deseaba enseñorearlo todo. Ni el papa podia menos de oponerse enérgicamente á las pretensiones de Napoleon, ni este parecia dispuesto á cejar en sus ambiciosos

propósitos para los que le daba aliento su propia fortuna. La Santa Sede empero quiso llevarle al punto de que abierta y desembozadamente se declarase, sin darle motivo ni con hechos ni con palabras á los atentados de que fué luego objeto el poder temporal del papa. Hé aquí como se espresaba Pio VII en la respuesta á la carta de Napoleon, respuesta en que se propuso hacer el último esfuerzo para contener al emperador en la emprendida y fatal senda. Refiriéndose pues á la citada carta le decia:

"Versa esta carta sobre tantos y tan graves asuntos, encierra principios, peticiones y quejas tan amargas, y alude por fin, de tal modo á lo que V. M. nos ha hecho participar por su ministro, que ante Dios, el mundo católico y los venideros, nos haríamos culpables de la mas vergonzosa debilidad, si no descubriésemos del modo mas libre y franco nuestros sentimientos; y si á las peticiones que se nos hacen, á los principios que se presentan, y á las quejas que se profieren, no diésemos aquellas respuestas que el conocimiento exacto de la justicia, de la verdad y de la inocencia nos dictan.

A Dios, á la Iglesia, á nosotros mismos, á la inclinacion paternal que le profesamos, á la misma gloria de V. M. debemos un hablar libre y franco, tal cual conviene al candor de nuestro carácter, y á los deberes de nuestro ministerio acá en la tierra.

Debémosle tanto mas, cuanto que una fuerte necesidad nos escita á llenar los deberes mas esenciales, pues bien claro vemos, y no sin temor, que los sentimientos manifestados por V. M. amenazan la dignidad de la Santa Sede, y los mas inalterables y respetados derechos de su libre soberanía.

Guardamos, y guardaremos siempre á V. M. aquellas consideraciones que la estimacion, la benevolencia y la amistad nos sugieran; pero no podemos prestarnos á aquellas consideraciones que repugnan á las *indeclinables* obligaciones de nuestra doble *representacion*; ni callar aquellas verdades de que estamos prendados por el íntimo convencimiento de nuestra conciencia; ni ceder á lo que se oponga á este depósito del patrimonio de la Iglesia romana que se nos ha trasmitido de nuestros predecesores por medio de una larga serie de siglos; y que al pié de los altares, ante el Omnipotente, con los mas sagrados juramentos, hemos prometido trasmitir intacto á nuestros sucesores.

Comenzamos por contestar á lo que V. M. nos exige: Quiere V. M. que echemos de nuestros Estados á los rusos, ingleses, suecos y á todos los agentes del rey de Cerdeña, cerrando nuestros puertos á las embarcaciones de las

naciones dichas; que abandonemos nuestro estado pacífico, y entremos en el de hostilidad y guerra abierta con estas potencias. Permítanos V. M. que le respondamos con una exacta precision, que no solo por motivos de temporales intereses nos es posible adherirnos á esta demanda, sino por causas de los deberes inseparables de nuestro carácter. Júzguelo V. M. y considérello bajo todos los aspectos en que puede presentárenos esta cuestion, y mire si será propio de su religiosidad, grandeza y humanidad, precisarnos á dar un paso de tal naturaleza.

Nos, que somos Vicario del Verbo eterno, "que no es el Dios de la division sino de la concordia, que ha venido al mundo para deshacer las enemistades y *evangelizar* la paz tanto con los que están lejos, como con los que están vecinos," segun las palabras del Apóstol; ¿cómo, ni de qué manera podríamos separarnos de la enseñanza de nuestro Divino Maestro, ni contradecir la mision que nos ha dado?

No es la voluntad nuestra, sino la de Dios, cuyo lugar ocupamos en la tierra, la que nos prescribe el deber de la paz para con todos, *sin distincion de católicos ni de herejes, próximos ó apartados, bienhechores ó malhechores*. No nos es permitido hacer traicion al cargo que nos encomendó el Omnipotente; y la haríamos, si por los motivos alegados por V. M. respecto á las potencias heréticas, que solo pueden hacernos daño [esto dice V. M.], accediésemos á peticiones que nos condujesen á tomar parte en la guerra contra ellas.

Si, como dice V. M., no debemos entrar en el *dédalo* de la política, del que hemos estado y del que siempre estaremos bien léjos; con mucha mas razon debemos de abstenernos de tomar parte en una guerra cuyo objeto es político, en una guerra que no ataca á la religion, y en la que se halla además envuelta una potencia católica.

Solo la necesidad de repeler una agresion, ó la de defender la religion en peligro, pudo dar justo motivo á nuestros predecesores para salir de su estado pacífico. Si alguna de ellos, por *humana flaqueza*, se apartó de estas máximas, con franqueza diremos que su conducta nunca puede servir de ejemplo á la nuestra.

Esta situacion pacífica que nos obliga á conservar el carácter sagrado de que nos hallamos revestidos por Dios, la conservamos igualmente por el interés de la religion que nos está confiada, y por el interés de la grey sujeta á nuestro ministerio pastoral.

Espeler los súbditos de las potencias que están en guerra con V. M., y cerrarles los puertos, sería lo mismo que atraer-

se sobre sí la guerra, consecuencia de un rompimiento de toda comunicacion con los católicos que viven en sus dominios.

Y ¿podríamos abandonar las almas de tantos fieles, cuando el Evangelio nos veda hasta el descuido de que dejemos de buscar una sola? ¿Miráramos con indiferencia los males infinitos que padecería el catolicismo en esos paises, privados de toda comunicacion con el centro de la unidad, fundamento y base de la religion católica? Si nos privase de estas comunicaciones la fuerza irresistible de los acontecimientos humanos, semejante calamidad nos haría gemir profundamente: pero jamás podríamos conllevar el remordimiento continuo de haber sido nosotros mismos la causa. Y si intimásemos á los súbditos de aquellos soberanos á salir de nuestros Estados, y no acercarse á nuestros puertos, ¿no causaríamos, por absoluta culpa nuestra, un irreparable mal, interrumpiendo toda comunicacion entre nosotros y los católicos que viven en esos paises? ¿Cómo resistiríamos á las aldabadas de nuestra conciencia que de continuo nos echaria en cara las consecuencias funestas de este hecho? ¿Cómo ocultar de nosotros mismos nuestra falta?

No es tan corto el número de los católicos que existen en esos dominios: hay millones de ellos en el imperio ruso y millones de millones en los paises sometidos al reino de Inglaterra; gozan del libre ejercicio de su culto y están protegidos. No podemos prever el resultado que tendria el que los soberanos de esos Estados se viesen provocados por Nos con un acto tan marcado de hostilidad cual sería la espulsion de sus vasallos y la prohibicion de nuestros puertos. Seria su resentimiento tanto mas violento cuanto mas justo pareceria no habiendo recibido de ellos injuria alguna.

Si su indignacion no recayese contra los católicos sus vasallos, podríamos temer á lo menos, que arruinasen el ejercicio de la religion católica permitida en sus dominios con toda libertad, y sería un mal incalculable, de que daríamos cuenta á Dios, la interdiccion de las comunicaciones católicas, el impedimento de las misiones y la interrupcion de todos los asuntos espirituales.

V. M. recuerde la conducta que hemos tenido constantemente con su persona, y cómo le hemos complacido en cuantas cosas no se oponian á nuestros deberes, como hechos recientes, conocidos en toda la Europa, y que nos han adquirido la opinion universal, de que tenemos por V. M. un sentimiento decidido de parcialidad y preferencia . . . ; y acabaríamos así nuestras respuestas á las primeras proposiciones de V. M. con la confianza de que despues de re-